

Vladimir Nabokov

Lolita

*trad. Francesc Roca*



La historia de la obsesión de Humbert Humbert, un profesor cuarentón, por la doceañera Lolita es una extraordinaria novela de amor en la que intervienen dos componentes explosivos: la atracción «perversa» por las nínfulas y el incesto.

Un itinerario a través de la locura y la muerte, que desemboca en una estilizadísima violencia, narrado, a la vez con autoironía y lirismo desenfrenado, por el propio Humbert Humbert.

*Lolita* es también un retrato ácido y visionario de los Estados Unidos, de los horrores suburbanos y de la cultura del plástico y del motel. En resumen, una exhibición deslumbrante de talento y humor a cargo de un escritor que confesó que le hubiera encantado filmar los *pic-nics* de Lewis Carroll.

*A Vera*

## PRÓLOGO

*Lolita*, o *Las confesiones de un viudo de raza blanca*: tales eran los dos títulos con los cuales quien escribe estas líneas recibió las extrañas páginas que prologa. «Humbert Humbert», su autor, había muerto de trombosis coronaria, en la prisión, el 16 de noviembre de 1952, pocos días antes de la fecha fijada para el comienzo de su proceso. Su abogado, mi buen amigo y pariente Clarence Choate Clark, un caballero, ex juez de paz, que en la actualidad ejerce la abogacía en el Distrito de Columbia, me pidió que revisara el original; justificaba esta petición en una cláusula del testamento de su cliente que daba a mi eminente primo facultades para obrar según su propio criterio en cuanto se relacionara con la publicación de *Lolita*. Es posible que la decisión del señor Clark se debiera al hecho de que el revisor que había escogido acababa de obtener el Premio Poling por una modesta obra (*¿Tienen sentido los sentidos?*) en la que se discuten ciertas perversiones y estados morbosos.

Mi tarea resultó más simple de lo que ambos habíamos previsto. Salvo la corrección de algunos solecismos y la cuidadosa supresión de unos pocos, pero tenaces, detalles que, a pesar de los esfuerzos de «H. H.», aún subsistían en su texto como postes indicadores y lápidas sepulcrales (que señalaban lugares o personas que el buen gusto hubiera debido evitar y la compasión suprimir), estas notables memorias se presentan intactas. El curioso apellido de su autor es invención suya; y, desde luego, esa máscara —a través de la cual parecen brillar dos ojos hipnóticos— no se ha levantado, de acuerdo con los deseos de su portador. Mien-

tras que «Haze» sólo rima con el verdadero apellido de la heroína, su nombre está demasiado implicado en la trama íntima del libro para que nos hayamos permitido alterarlo; por lo demás (como advertirá por sí mismo el lector) no había necesidad de hacerlo. El curioso puede encontrar referencias al crimen de «H. H.» en los periódicos de septiembre y octubre de 1952; la causa y el propósito de ese crimen habrían seguido siendo un misterio de no haberse permitido que estas memorias fueran a parar bajo la luz de mi lámpara de trabajo.

En provecho de esos lectores anticuados que desean rastrear los destinos de las personas «reales» más allá de la historia «verdadera», cabe suministrar unos pocos detalles recibidos del señor «Windmuller», de «Ramsdale», que desea ocultar su identidad a fin de que «las largas sombras de esta historia dolorosa y sórdida» no lleguen hasta la comunidad a la que se enorgullece de pertenecer. Su hija, «Louise», está ahora en el segundo curso de la universidad. «Mona Dahl» estudia en París. «Rita» se ha casado recientemente con el dueño de un hotel de Florida. La señora de «Richard F. Schiller» murió al dar a luz a una niña que nació muerta, en la Navidad de 1952, en Gray Star, una población del más remoto Noroeste. «Vivian Darkbloom» ha escrito una biografía, *Mi Cue*, que se publicará próximamente, y los críticos que han leído el original lo declaran su mejor libro. Los encargados de los diversos cementerios mencionados informan de que no se ven fantasmas deambulando por ellos.

Considerada sencillamente como una novela, *Lolita* presenta situaciones y emociones que el lector encontraría exasperantes por su vaguedad si su expresión se hubiese diluido mediante insípidas evasivas. Por cierto que no se hallará en todo el libro un solo término obsceno; en verdad, el filisteo de mente más bien *sucia* a quien las convenciones modernas han constreñido para que acepte, sin excesivos aspavientos, una profusa ornamentación de pala-

bras consideradas malsonantes en cualquier novela trivial, sentirá no poco asombro al comprobar que aquí están ausentes. Pero si, para alivio de esos paradójicos mojigatos, un revisor intentara disimular o suprimir determinadas escenas que cierto tipo de mentalidad llamaría «afrodisíacas» (véase en este sentido la monumental decisión judicial tomada el 6 de diciembre de 1933 por el Honorable John M. Woolsey con respecto a otro libro, considerablemente más explícito<sup>[1]</sup>), habría que desistir por completo de la publicación de *Lolita*, puesto que esas escenas a las que, llevados de su cortedad intelectual, algunos podrían acusar de poseer una sensualidad gratuita son las más estrictamente funcionales en el desarrollo de un trágico relato que apunta, sin desviarse ni un ápice de su objetivo, nada más y nada menos que a una apoteosis moral. El cínico alegrará tal vez que la pornografía comercial también afirma tener esa pretensión; en cambio, el intelectual quizás objete que la apasionada confesión de «H. H.» es una tempestad en un vaso de agua; que, por lo menos, el doce por ciento de los varones adultos norteamericanos —estimación harto «moderada», según la doctora Blanche Schwarzmann (comunicación verbal)— pasan anualmente de un modo u otro por la peculiar experiencia descrita con tanta desesperación por «H. H.», y que si nuestro obseso narrador hubiera consultado, en el fatal verano de 1947, a un psicopatólogo competente, no habría ocurrido el desastre. Claro que tampoco existiría este libro.

Este comentarista pide excusas por repetir algo en lo que ha hecho hincapié en sus libros y conferencias, es decir, que lo «ofensivo» no suele ser más que un sinónimo de lo «insólito»; que una obra de arte es, en esencia, siempre original, por lo cual su naturaleza misma hace que se presente como una sorpresa más o menos escandalosa. No tengo la intención de glorificar a «H. H.». Sin duda, es un hombre horrible, abyecto, un ejemplo flagrante de lepra moral, una mezcla de ferocidad y jocosidad que acaso reve-

le una suprema desdicha, pero que no puede resultar atractiva. Es afectado hasta rayar en lo ridículo. Muchas de las opiniones que expresa aquí y allá acerca de las gentes y los paisajes de este país son ridículas. Cierta desesperada honradez que vibra en su confesión no le absuelve de pecados de diabólica astucia. Es anormal. No es un caballero. Pero ¡con qué magia su violín armonioso conjura en nosotros una ternura, una compasión hacia Lolita que hace que nos sintamos fascinados por el libro al mismo tiempo que abominamos de su autor!

Como exposición de un caso clínico, *Lolita* habrá de ser, sin duda, una obra clásica en los círculos psiquiátricos. Como obra de arte, trasciende sus aspectos expiatorios; y más importante aún para nosotros que su trascendencia científica y su dignidad literaria es el impacto ético que el libro tendrá sobre el lector serio; pues en este punzante estudio personal se encierra una lección general; la niña descarriada, la madre egotista, el anheloso maníaco no son tan sólo los protagonistas vigorosamente retratados de una historia única: nos previenen contra peligrosas tendencias, señalan males potenciales. *Lolita* hará que todos nosotros —padres, trabajadores sociales, educadores— nos consagremos con interés y perspectiva mucho mayores a la tarea de lograr una generación mejor en un mundo más seguro.

JOHN RAY, JR.

*Doctor en Filosofía*

*Widworth, Massachusetts, 5 de agosto de 1955*

## Primera parte

## 1

Lolita, luz de mi vida, fuego de mis entrañas. Pecado mío, alma mía. Lo-li-ta: la punta de la lengua emprende un viaje de tres pasos paladar abajo hasta apoyarse, en el tercero, en el borde de los dientes. Lo. Li. Ta.

Era Lo, sencillamente Lo, por la mañana, cuando estaba derecha, con su metro cuarenta y ocho de estatura, sobre un pie enfundado en un calcetín. Era Lola cuando llevaba puestos los pantalones. Era Dolly en la escuela. Era Dolores cuando firmaba. Pero en mis brazos fue siempre Lolita.

¿Tuvo Lolita una precursora? Naturalmente que sí. En realidad, Lolita no hubiera podido existir para mí si un verano no hubiese amado a otra niña iniciática. En un principado junto al mar. ¿Cuándo? Aquel verano faltaban para que naciera Lolita casi tantos años como los que tenía yo entonces. Pueden confiar en que la prosa de los asesinos sea siempre elegante.

Señoras y señores del jurado, la prueba número uno es lo que los serafines, los mal informados e ingenuos serafines de majestuosas alas, envidiaron. Contemplan esta maraña de espinas.

## 2

Nací en París en 1910. Mi padre era una persona amable y tolerante, una ensalada de orígenes raciales: ciudadano suizo de ascendencia francesa y austríaca, con un toque del Danubio en las venas. Revisaré en un minuto algunas encantadoras postales de azulado brillo. Poseía un lujoso hotel en la Riviera. Su padre y sus dos abuelos habían vendido vino, alhajas y seda, respectivamente. A los treinta

años se casó con una muchacha inglesa, hija de Jerome Dunn, el alpinista, y nieta de dos párrocos de Dorset, expertos en temas insólitos: paleopedología y arpas eólicas, respectivamente. Mi madre, muy fotogénica, murió a causa de un absurdo accidente (un rayo durante un pícnic) cuando tenía yo tres años, y, salvo una bolsa de calor en mi pasado más remoto, nada subsiste de ella en las hondonadas y valles del recuerdo sobre los cuales, si aún pueden ustedes sobrellevar mi estilo (escribo bajo vigilancia), se puso el sol en mi infancia: sin duda, todos ustedes conocen esos fragantes resabios de días suspendidos, como moscas minúsculas, en torno de algún seto en flor o súbitamente invadido y atravesado por las trepadoras, al pie de una colina, en la penumbra estival, llenos de sedosa tibieza y de dorados moscardones.

La hermana mayor de mi madre, Sybil, casada con un primo de mi padre que la abandonó, servía en mi ámbito familiar como gobernanta gratuita y ama de llaves. Alguien me dijo después que estuvo enamorada de mi padre y que él, despreocupadamente, sacó provecho de tal sentimiento en un día lluvioso y se olvidó de ella cuando el tiempo aclaró. Yo le tenía mucho cariño; a pesar de la rigidez —la profética rigidez— de algunas de sus normas. Quizás lo que ella deseaba era hacer de mí, si llegaba el caso, un viudo mejor que mi padre. Tía Sybil tenía ojos azules, ribeteados de rosa, y una piel como la cera. Escribía poemas. Era poéticamente supersticiosa. Estaba segura de morir no bien cumpliera yo los dieciséis años, y así fue. Su marido, destacado viajante de artículos de perfumería, pasó la mayor parte de su vida en Norteamérica, donde, andando el tiempo, fundó una fábrica de perfumes y adquirió numerosas propiedades.

Crecí como un niño feliz, saludable, en un mundo brillante de libros ilustrados, arena limpia, naranjos, perros amistosos, paisajes marítimos y rostros sonrientes. En torno a mí, el espléndido Hotel Mirana giraba como una especie

de universo privado, un cosmos blanqueado dentro del otro más vasto y azul que resplandecía fuera de él. Desde la fregona que llevaba delantal hasta el potentado vestido con traje de franela, a todos caía bien, todos me mimaban. Maduras damas norteamericanas se apoyaban en sus bastones y se inclinaban hacia mí como torres de Pisa. Princesas rusas arruinadas que no podían pagar a mi padre me compraban bombones caros. Y él, *mon cher petit papa*, me sacaba a navegar y a pasear en bicicleta, me enseñaba a nadar y a zambullirme y a esquiar en el agua, me leía *Don Quijote* y *Les Misérables*, y yo le adoraba y le respetaba y me enorgullecía de él cuando llegaban hasta mí los comentarios de los criados sobre sus numerosas amigas, seres hermosos y afectuosos que me festejaban mucho y vertían preciosas lágrimas sobre mi alegre orfandad.

Iba a una escuela diurna inglesa a pocos kilómetros de Mirana; allí jugaba al tenis y a la pelota, sacaba muy buenas notas y mantenía excelentes relaciones con mis compañeros y profesores. Los únicos acontecimientos inequívocamente sexuales que recuerdo antes de que cumpliera trece años (o sea, antes de que viera por primera vez a mi pequeña Annabel) fueron una conversación solemne, decorosa y puramente teórica sobre las sorpresas de la pubertad, sostenida en la rosaleda de la escuela con un alumno norteamericano, hijo de una actriz cinematográfica por entonces muy celebrada y a la cual veía muy rara vez en el mundo tridimensional; y ciertas interesantes reacciones de mi organismo ante determinadas fotografías, nácar y sombras, con hendiduras infinitamente suaves, en el suntuoso *La beauté humaine*, de Pinchon, que había encontrado debajo de una pila de *Graphics*, encuadernados en papel jaspeado, en la biblioteca del hotel. Después, con su estilo deliciosamente afable, mi padre me suministró toda la información que consideró necesaria sobre el sexo; eso fue justo antes de enviarme, en el otoño de 1923, a un *lycée* de Lyon (donde habría de pasar tres inviernos); pero, ay, en el ve-

rano de ese año mi padre recorría Italia con *Madame* de R. y su hija, y yo no tenía a nadie a quien recurrir, a nadie a quien consultar.

### 3

Annabel era, como este narrador, de origen híbrido; medio inglesa, medio holandesa. Hoy recuerdo sus rasgos con nitidez mucho menor que hace pocos años, antes de conocer a Lolita. Hay dos clases de memoria visual: mediante una de ellas recreamos diestramente una imagen en el laboratorio de nuestra mente con los ojos abiertos (y así veo a Annabel: en términos generales, tales como «piel color de miel», «brazos delgados», «pelo castaño y corto», «pestañas largas», «boca grande, brillante»); con la otra evocamos de manera instantánea, con los ojos cerrados, tras la oscura intimidad de los párpados, nuestro objetivo, réplica absoluta, desde un punto de vista óptico, de un rostro amado, un diminuto espectro que conserva sus colores naturales (y así veo a Lolita).

Permítaseme, pues, que, al describir a Annabel, me limite, decorosamente, a decir que era una niña encantadora, pocos meses menor que yo. Sus padres eran viejos amigos de mi tía y tan rígidos como ella. Habían alquilado una villa no lejos del Hotel Mirana. El calvo y moreno señor Leigh, y la gruesa y empolvada señora Leigh (de soltera, Vanessa van Ness). ¡Cómo los detestaba! Al principio, Annabel y yo hablábamos de temas periféricos. Ella cogía puñados de fina arena y la dejaba escurrirse entre sus dedos. Nuestras mentes estaban afinadas según el común de los preadolescentes europeos inteligentes de nuestro tiempo y nuestra generación, y dudo mucho que pudiera atribuirse a nuestro genio individual el interés por la pluralidad de mundos habitados, los partidos de tenis, el infinito, el solipsismo, etcétera. La dulzura y la indefensión de las crías de los animales

nos causaban el mismo intenso dolor. Annabel quería ser enfermera en algún país asiático donde hubiera hambre; yo, ser un espía famoso.

Nos enamoramos inmediatamente, de una manera frenética, impúdica, angustiada. Y desesperanzada, debería agregar, porque aquellos arrebatos de mutua posesión sólo se habrían saciado si cada uno se hubiera embebido y saturado realmente de cada partícula del alma y el corazón del otro; pero jamás llegamos a conseguirlo, pues nos era imposible hallar las oportunidades de amarnos que tan fáciles resultan para los chicos barriobajeros. Después de un enloquecido intento de encontrarnos cierta noche, en el jardín de Annabel (más adelante hablaré de ello), la única intimidad que se nos permitió fue la de permanecer fuera del alcance del oído, pero no de la vista, en la parte populosa de la *plage*. Allí, en la muelle arena, a pocos metros de nuestros mayores, nos quedábamos tendidos la mañana entera, en un petrificado paroxismo, y aprovechábamos cada bendita grieta abierta en el espacio y el tiempo; su mano, medio oculta en la arena, se deslizaba hacia mí, sus bellos dedos morenos se acercaban cada vez más, como en sueños; entonces su rodilla opalina iniciaba una cautelosa travesía; a veces, una providencial muralla construida por un grupo de niños nos garantizaba amparo suficiente para rozarnos los labios salados; esos contactos incompletos producían en nuestros cuerpos jóvenes, sanos e inexpertos, un estado de exasperación tal, que ni aun el agua fría y azul, bajo la cual seguíamos dándonos achuchones, podía aliviar.

Entre otros tesoros perdidos durante los vagabundeos de mi edad adulta, había una instantánea tomada por mi tía que mostraba a Annabel, sus padres y cierto doctor Cooper, un caballero serio, maduro y cojo que aquel verano cortejaba a mi tía, agrupados en torno a una mesa en la terraza de un café. Annabel no salió bien, sorprendida mientras se inclinaba sobre el *chocolat glacé*; sus delgados hombros desnudos y la raya de su pelo era lo único que

podía identificarse (tal como recuerdo aquella fotografía) en la soleada bruma donde se diluyó su perdido encanto. Pero yo, sentado a cierta distancia del resto, salí con una especie de dramático realce: un jovencito triste, ceñudo, con un pelo oscuro y pantalones cortos de excelente hechura, las piernas cruzadas, el rostro de perfil, la mirada perdida. Esa fotografía fue hecha el último día de aquel aciago verano y pocos minutos antes de que hiciéramos nuestro segundo y último intento por torcer el destino. Con el más baladí de los pretextos (ésta era nuestra última oportunidad, y ninguna otra consideración nos importaba ya) escapamos del café a la playa, donde encontramos una franja de arena solitaria, y allí, en la sombra violeta de unas rocas rojas que formaban como una caverna, tuvimos una breve sesión de ávidas caricias con un par de gafas de sol que alguien había perdido como único testigo. Estaba de rodillas, a punto de poseer a mi amada, cuando dos bañistas barbudos, un viejo lobo de mar y su hermano, surgieron de las aguas y nos lanzaron soeces exclamaciones de aliento. Cuatro meses después, Annabel murió de tifus en Corfú.

#### 4

Rememoro una y otra vez esos infelices recuerdos y me pregunto si fue entonces, en el resplandor de aquel verano remoto, cuando empezó a formarse en mi espíritu la grieta que lo escindió hasta hacer que mi vida perdiera la armonía y la felicidad. ¿O mi desmedido deseo por aquella niña no fue más que la primera muestra de una singularidad innata? Cuando procuro analizar mis anhelos, motivaciones y actos, me rindo ante una especie de imaginación retrospectiva que atiborra la facultad analítica con infinitas alternativas y hace que cada uno de los posibles caminos se ramifique en otros que a su vez vuelven a ramificarse de manera incesante en la perspectiva enloquecedoramente compleja de mi

pasado. Estoy persuadido, sin embargo, de que en cierto modo, fatal y mágico, Lolita empezó con Annabel.

Sé también que la conmoción producida por la muerte de Annabel consolidó la frustración de aquel verano de pesadilla y la convirtió en un obstáculo permanente para cualquier romance ulterior durante los fríos años de mi juventud. Lo espiritual y lo físico se habían fundido en nosotros con perfección tal que no puede menos que resultar incomprendible para los jovencuelos materialistas, rudos y convencionales típicos de nuestro tiempo. Mucho después de su muerte sentía que sus pensamientos flotaban a través de los míos. Antes de conocernos ya habíamos tenido los mismos sueños. Comparamos anotaciones. Encontramos extrañas afinidades. En el mismo mes de junio del mismo año (1919) un canario perdido había entrado revoloteando en su casa y la mía, en dos países muy alejados. ¡Ah, Lolita, si tú me hubieras querido así!

He reservado para el desenlace de mi fase «Annabel» el relato de nuestra cita infructuosa. Una noche, Annabel se las compuso para burlar la estricta vigilancia de su familia. Bajo un macizo de nerviosas y esbeltas mimosas, detrás de su villa, encontramos amparo en las ruinas de un muro bajo de piedra. A través de la oscuridad y los tiernos árboles veíamos, igual que si fueran arabescos, las ventanas iluminadas que, retocadas por las tintas de colores del recuerdo sensible, se me aparecen hoy como naipes —acaso porque una partida de *bridge* mantenía ocupado al enemigo—. Ella tembló y se crispó cuando le besé el ángulo de los labios abiertos y el lóbulo caliente de la oreja. Un racimo de estrellas brillaba pálidamente sobre nosotros, entre siluetas de largas hojas delgadas; aquel cielo vibrante parecía tan desnudo como ella bajo su vestido liviano. Vi su rostro reflejado en el cielo, extrañamente nítido, como si emitiera una tenue irradiación. Sus piernas, sus adorables y vivaces piernas, no estaban muy juntas, y, cuando localicé lo que buscaba, sus rasgos infantiles adquirieron una expresión so-